

David Álvarez Jiménez

PANEM ET CIRCENSES

**UNA HISTORIA DE ROMA
A TRAVÉS DEL CIRCO**

Prólogo de David Hernández de la Fuente

Alianza Editorial

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© David Álvarez Jiménez, 2018
© del prólogo, David Hernández de la Fuente
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2018
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-9181-296-8
Depósito legal: M. 23.766-2018
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

*A Amanda Violeta,
que maneja las riendas de su enjoyado carro*

ÍNDICE

Prólogo	11
Introducción	17
Parte I. Un paseo por la historia del mayor espectáculo del mundo	23
La génesis de las cuadrigas. El mundo de los carros de combate	24
Los antecedentes griegos del circo romano	30
El circo en la Roma monárquica y republicana	35
Augusto, maestro de espectáculos	54
Los juegos circenses en el Alto Imperio romano	64
La provincialización de la competición ecuestre romana	124
Los espectáculos circenses durante la Crisis del siglo III y el Bajo Imperio romano	147
El circo en el Occidente posromano	240
El circo en el mundo bizantino	266
Parte II. El mundo del circo romano	327
La pasión por el circo	327
El circo como espacio de competición	380
Los actores del circo	404
Un día en las carreras	441
Anexo 1. Listado de emperadores romanos	483
Anexo 2. La carrera del auriga Diocles contada por él mismo	485

Bibliografía

Fuentes primarias	489
Fuentes secundarias	501

PRÓLOGO

Lo que hace el hombre moderno cuando no está en su puesto de trabajo define en gran medida a nuestras sociedades del post-capitalismo actual. El ocio o tiempo libre en las sociedades occidentales remite casi invariablemente a una oferta que se proporciona de forma masiva y global y que, las más de las veces, tiene que ver con el seguimiento obsesivo de espectáculos deportivos: en buena parte del mundo el fútbol, pero también otros deportes de equipo o individuales, de motor o campeonatos mundiales de diversa índole, que acaparan la atención pública y se convierten no ya sólo en una manera de pasar el tiempo libre sino casi en una forma de vida, como fuente de actualidad incesante e inagotable tema de conversación. Sus protagonistas no son sólo los héroes del día, sino que se convierten en verdaderos modelos sociales y representantes de la colectividad de una suerte que a veces cuesta asimilar y que requeriría un extenso estudio de psicología social. De la importancia de entender cómo una sociedad pasa el tiempo libre para comprenderla mejor da fe el surgimiento incluso de unos llamados «estudios del ocio» (*leisure-studies*), que surgen como una rama concreta de la sociología y que se ocupan del análisis de las experiencias recreativas, tanto individuales como colectivas, en nuestro mundo contemporáneo.

Pero, como en tantos otros fenómenos de la actualidad, qué duda cabe de que, para entenderlos, lo primero y esencial es localizar sus raíces en la historia de Occidente, en el mundo clásico. En este caso, también, huelga decir que el concepto de tiempo libre remite de forma ineludible también a la antigüedad grecorromana. Hay que pensar que tanto la idea de ocio, en general, como el deporte, en último término, tienen sus raíces en el mundo griego antiguo, y presentan un rico trasfondo histórico, literario, artístico y filosófico. Si ya el vocablo castellano «ocio» remite al latín *otium*, del que

procede, el concepto en griego antiguo se expresaba con una polisémica palabra, *scholé*, también de muy hondo calado filosófico. Pero es muy diferente el ocio actual, un concepto amplio y en ocasiones superficial, de ese ocio clásico, más ligado, en principio, a lo que se supone que debía hacer el hombre de bien, el ciudadano de pro, cuando no se cuidaba de los negocios o de la vida pública. Y es que en Grecia *scholé* significaba, a la vez, tiempo libre e instrucción, y su evolución, a través del latín, como es sabido, ha resultado nada menos que en nuestra palabra «escuela». Otra gran diferencia con lo actual es el concepto negativo del trabajo como «no-ocio» (*ascholia, negotium*), que lo convertía en una actividad nada deseable y un tanto despreciable, en lo físico y lo material, con cierta mala prensa para el ciudadano acomodado de bien. Pues el ocio ideal del *ciues romanus*, el *vir bonus* (como el *polites* griego, *kaloskagathós*) había que dedicarlo al cuidado del espíritu y de la cultura y no a espectáculos serviles que envilecieran el alma.

Otra cosa era el atletismo antiguo, que tenía profundas implicaciones religiosas, al celebrarse en el marco de los grandes festivales panhelénicos dominados por las cúpulas dirigentes de todo el mundo griego, y que estaba también regido por un código ético elevado y elitista, hondamente relacionado con la aristocracia de las ciudades griegas y derivado, en último término, de la vieja ética homérica. Ciertamente, sus diversas pruebas, en las que participaban atletas de renombre, cantados por poetas como Píndaro, suponían todo un espectáculo y, entre ellas, pocas en tal grado como las carreras de carros, que estaban reservadas para los grandes potentados que las financiaban: no cabe dudar de que estas carreras en el hipódromo, de carros de caballos o mulas, eran el centro de los juegos por su espectacular desarrollo y por la fastuosidad de sus preparativos. También tenía otra consideración muy diferente, por sus matices religiosos, políticos y educativos, el teatro en Atenas, que no puede equipararse conceptualmente con nuestras actuales artes escénicas. Nuestro ocio moderno de masas, como se ve, encuentra difícil comparación con el ocio de la Grecia antigua o con la experiencia del deporte en el atletismo antiguo, pero entonces, ¿cómo derivó en ocio en el concepto actual? La historia de Roma es, sin duda, la clave. Y esta pregunta es la que, en el fondo, late para el lector moderno tras las páginas que siguen en el libro que aquí se presenta.

En Roma comenzaron a notarse peculiaridades propias, a grandes rasgos, en la configuración popular del ocio ya no como una cierta elevación ética y estética frente a la servidumbre del mundo cotidiano, sino ante todo como un lapso de descanso y placer, de dispersión del espíritu. A diferencia del mundo griego, en el unitario estado romano, en el que primaban la expansión militar y económica, se dio una organización socioeconómica más

compleja, de sostenida y creciente urbanización, diferenciación de sectores sociales y con grandes masas de ciudadanos desocupados. Si la negación del *otium* era principalmente el trabajo, como en el caso griego, hay que recordar la complejidad social del mundo laboral romano, desde los negocios de los mercaderes, pero también la gestión de las haciendas de los ricos ciudadanos que gobernaban el estado romano, la llamada *nobilitas* patricio-plebea, que será el sustento de las cúpulas dirigentes desde la época republicana. En la estratificada sociedad romana pronto surgió el debate en torno a la cuestión sobre qué tipo de actividades convenían a cada clase social para su tiempo libre. El ocio del ciudadano romano de la clase dominante había de ser empleado, cuando estuviese lejos del servicio público y de los ojos de sus conciudadanos, en una soledad fecunda y dedicada a la producción de obras del espíritu. Este *otium cum dignitate* romano, cuyo teórico más preclaro fue Cicerón, se refería a la manera digna en que el ciudadano debía pasar su tiempo libre, en la lectura, la escritura o en paseos y conversaciones filosóficas con sus pares, recogiendo el ideal griego de la *scholé* para la clase cultivada y superior de Roma. Pero, por otro lado, también Roma atestiguará la eclosión de una especie de ocio popular —reflejando de nuevo la dicotomía básica entre la clase elevada y el *populus*— en forma de espectáculos masivos con arreglo a intereses políticos, para tener controlada a la población con festivales, juegos, carreras y otros espectáculos.

Sin duda el espectáculo favorito de las masas eran las carreras del Circo Máximo, heredadas del mundo griego, junto con los juegos gladiatorios, una bárbara derivación de los agones luctatorios del atletismo griego. Pero el favor del pueblo se expresaba ante todo en las carreras de carros, que ciertamente recogían de forma indirecta la tradición del olimpismo griego. Y a su inusitado auge en un milenio de historia romana, de la Vieja y la Nueva Roma, se dedica el apasionante libro que tiene el lector entre manos. Su autor, David Álvarez Jiménez, es uno de los investigadores actuales sobre el mundo antiguo más prometedores que ha dado la universidad española y, pese a su juventud, cuenta ya en su haber un nada desdeñable número de publicaciones que ayudan a comprender mejor la antigüedad —y en concreto la antigua Roma—, destacando siempre los puntos de contacto con el hombre de hoy. De ahí lo interesante de su propuesta en este libro, que permite comprender mejor la actualidad estudiando la historia del Imperio romano a través de las carreras del circo. Como propone este libro, se puede mirar a la antigua Roma en el espejo de esta historia cultural, que es también una historia de las mentalidades, del apasionante fenómeno del circo. Pues no sólo se centra en la vida y los sucesos que se aglutinaban en torno al circo y a los grandes héroes de las carreras, sino también en cómo

transcurrieron entre las bambalinas de la arena del hipódromo los derroteros de la historia política e ideológica del mundo romano. Se trata de un ensayo en la más amplia acepción de la palabra, pues supone un intento hermenéutico de amplio alcance de explicar este fenómeno histórico y de ofrecer una tesis singular sobre un aspecto definitorio del mundo romano, recibido y a la vez transmitido como herencia indeleble: y todo ello en una prosa clara, amena y accesible, pero no por ella exenta del rigor que muestra su aparato erudito de citas bibliográficas y fuentes clásicas.

Las carreras de carros en Roma, como muestran las páginas siguientes, se convirtieron en un útil instrumento de dominación social: los ciudadanos más pobres podían acceder a este espectáculo, ofrecido y financiado por su líder sociopolítico de turno, e incluso acercarse al poder. El emperador, desde su tribuna, se unía de esta manera a su pueblo. El público se organizaba en facciones —cuatro colores, azules y verdes sobre todo pero también rojos y blancos— que apoyaban denodadamente a uno u otro auriga, llegando a protagonizar enfrentamientos violentos. Cabe señalar de nuevo la importancia de la figura del auriga de los carros, toda una estrella y un objeto de deseo para la sociedad y las diversas clases: en Roma, frente a Grecia, era él el premiado, y no tanto el dueño de los caballos, aquel que financiaba la montura.

Al presentar este libro me resulta imposible no pensar en la que seguramente sea la gran recreación moderna del circo romano, la clásica película *Ben-Hur* (1959), de William Wyler. Pocas otras versiones modernas han sabido captar la fascinante atracción de este espectáculo de masas, entre política, ostentación y entretenimiento, como su famosa escena de la carrera de cuadrigas, que contiene la más vibrante recreación de la historia del cine, a nuestro parecer sin ser superado por su *remake* de 2016, dirigido por Timur Bekmambetov e inspirado a su vez en la secuencia paralela de la primera versión de la película, de Fred Niblo (1925). Históricamente, pese a las licencias habituales, el film presenta una recreación bastante fiel del circo y sus elementos clave, que permiten al espectador hacerse una idea de la magnificencia del Circo Máximo y de la potencia política que la comunión entre emperador y pueblo permitía en aquel espectáculo. *Ben-Hur* está basada, por cierto, en la novela homónima de Lewis Wallace, publicada en 1880, que fue un éxito muy notable de público y tuvo una enorme fama en su tiempo, gracias a una atractiva narración que mezcla los aspectos más populares del mundo romano con el elogio del nacimiento del cristianismo.

Bizancio heredará la pasión por las carreras de carros de caballos en el famoso Hipódromo de Constantinopla, algunas de cuyas estatuas se pue-

den ver aún hoy en la Basílica de San Marcos de Venecia. Otro de los aciertos de este libro es no ceñirse a la Roma clásica, sino pasar a su continuación en la Nueva Roma, que casi superó a la antigua en cuanto a pasión por las carreras. Las facciones del circo constantinopolitano, más rebeldes acaso que las romanas, llegaron a protagonizar sonadas revueltas contra emperadores como Justiniano —con la famosa revuelta de Nika (532), que es tratada en detalle en lo que sigue—, mostrando cómo el control social se podía acabar convirtiendo en descontrol. Eran mucho más que meras facciones deportivas y tenían gran influencia social, mezclándose en ocasiones incluso en discusiones teológicas o políticas, apoyando a una u otra herejía (los azules en Constantinopla eran ortodoxos y los verdes tendían al henofisismo), a uno u otro aspirante a la púrpura imperial. La arena y las gradas eran el lugar más oportuno para tomar la temperatura política y social al pueblo constantinopolitano y desde su *kathisma* o trono presidencial, ya que el palacio daba directamente al Hipódromo, el emperador podía sondear los ánimos de sus súbditos de la manera más certera posible. En definitiva, este vibrante recorrido por la historia de Roma culmina, tras los años del Dominado, en la brillante peripecia histórica del Imperio de Oriente, hasta que, en el siglo VII, decae la estrella del circo en un imperio que ya cambia —con el final de la antigüedad tardía y el comienzo del medioevo propiamente dicho— sus características básicas. Serán, en fin, los romanos —tanto los clásicos como los bizantinos, que nunca se autodenominaron otra cosa que *rhomaioi*— quienes transformarán para siempre este viejo deporte de las carreras de carros, heredado de la antigua Grecia, proporcionándole unas dimensiones, modernísimas para nosotros, de espectáculo de masas.

La vieja Roma y la nueva Roma compartieron durante un milenio la pasión por las carreras del circo, al que convirtieron en el lugar más emblemático de comunión entre el pueblo y sus gobernantes, el corazón de las tensiones y pulsiones políticas, ideológicas y sociales a lo largo de la antigüedad romana. Por esto, la propuesta que tiene delante el lector, más que una historia del circo, que sería ya de por sí apasionante, es una vibrante historia de la mentalidad romana a través de las carreras del Hipódromo. El circo romano y todo lo que lo rodea sigue fascinándonos hoy día, ya sea como espectáculo irrepetible o como mecanismo de control sociopolítico (*panem et circenses*), en ambos casos como precursor de lo que hoy hay, con el ocio de masas en deportes-espectáculo como el fútbol. Frente a la *scholé* griega o al *otium cum dignitate* de Cicerón o Séneca, formativos del espíritu, el circo romano ha quedado para nosotros como un fascinante pero ambivalente monumento histórico que supone un claro

precursor del entretenimiento como arma de propaganda, embrutecimiento colectivo y dominación social. Precisamente por ello la historia que aquí se presenta nos toca muy de cerca, en este Occidente nuestro absorto en su egoísmo y vacuidad globalizados.

DAVID HERNÁNDEZ DE LA FUENTE

INTRODUCCIÓN

Imaginemos una sociedad en la que la mayor parte de la población, independientemente de sus posibles, está de tal manera enganchada a un entretenimiento que éste constituye el más relevante y frecuente tema de conversación, tanto en las calles como en los bares, en el trabajo como en la escuela o en las cenas formales, y sus aficionados no disfrutan tanto del espectáculo en sí como de la fidelidad a unos colores que sienten como propios y que rivalizan con otros por la victoria. Hasta tal punto que llega a convertirse en una especie de religión, y mientras algunos no pueden dormir por la tensión y expectación que los sobrecoge la víspera del espectáculo, otros acampan delante de la cancha para así obtener las mejores localidades y ver en plenitud a sus ídolos, cuyo estado de salud y rendimiento deportivo les parecen más importantes para sus vidas que el correcto devenir del Estado y, en consecuencia, estiman que una lesión sería más gravosa que el peor de los casos de corrupción, siendo sus protagonistas modelos para la sociedad, en especial para los niños. Por el contrario, aquellos que aborrecen este entretenimiento lo consideran pueril, brutal y absurdo, una mala influencia que únicamente sirve para distraer a la gente de los problemas de su tiempo. Imaginemos una sociedad en la que miles de personas se unen bajo sus colores para vitorear a sus ídolos, para dedicarles cánticos y canciones que los definen como grupo mientras abuchean y se enfrentan a sus rivales, dispuestos a romper con amigos y parientes por este choque de fidelidades. Y aún hay más: aunque la mayor parte de los aficionados sean fieles a sus escuadras y se conozcan al dedillo las estadísticas de sus ídolos, también existen quienes, radicalizados hasta el límite, no se contentan con la lealtad incorrupta hacia sus colores, sino que tienen que imponerse a sus rivales de la manera que sea, sin rehuir el más crudo uso de la violencia, incluso contra los cuer-

pos de seguridad, llegando a provocar muertes en el transcurso de tales demostraciones de fuerza. Por otra parte, de forma curiosa, estos aficionados, en especial los más exaltados, no dudan en llevar al escenario de sus sueños reivindicaciones sociales con la esperanza de que con su denuncia sean atendidas. Estas imágenes intemporales, que bien podrían ser asumidas sin ambages en las actuales Madrid, Mánchester, Nápoles, Buenos Aires, Río de Janeiro o Moscú, representan la realidad vivida en las mayores ciudades del Imperio romano, tanto en la mismísima Roma como en Constantino-pla, Cartago, Alejandría o Antioquía, amén de otras muchas urbes menores. Sin embargo, a diferencia de los tiempos actuales, en los que el fútbol es, sin duda, el gran espectáculo de masas desde hace algo menos de siglo y medio, en el pasado tal papel de privilegio lo desempeñó el circo, puesto que las carreras de carros desataron una verdadera locura durante los más de mil años en los que se mantuvo su vigor. Por eso resultó delicioso comprobar cómo ambos espectáculos supremos confluían el 9 de julio de 2006 en el mismísimo Circo Máximo de Roma, donde aficionados romanos contemplaban, a través de las pantallas instaladas en el antiguo valle de Murcia, la final del Mundial de fútbol que se disputaba en Berlín entre la Italia de Cannavaro y la Francia de Zidane.

Este volumen tiene como meta presentar precisamente el más grande de los espectáculos romanos, aquel que, aunque compitiera durante bastantes siglos con otros entretenimientos como las luchas de gladiadores o las *venationes* (cazas de animales), ocupaba el lugar más importante dentro del corazón romano, como lo demuestran su extraordinaria vigencia y preponderancia sociopolítica en el largo período aquí abordado. No era un mero deporte, si entendemos por deporte una práctica recreativa más o menos accesible para el conjunto de la población, sino un espectáculo de consumo, diseñado para el disfrute de las masas y que era ejecutado por profesionales. Ésta es la razón por la que nos resulta tan fascinante a pesar del tiempo transcurrido. Incluso con las enormes diferencias que nos separan de ese pasado, la influencia directa de la Roma antigua que se percibe en tantísimos órdenes de nuestra vida y mentalidad hace que no dejemos de vernos como sus herederos. En el caso de los espectáculos públicos, esa relación es inevitable, pues ambas épocas se caracterizan por el predominio de formas de entretenimiento de masas —aunque, todo sea dicho, esta cercanía conceptual puede distorsionar la realidad a través del espejo deformante de la historia—. Para muchos, el circo suponía un modo de vida, como se observa en su filiación a alguno de los cuatro colores o facciones que competían entre sí, los azules y los verdes principalmente, aunque también había seguidores rojos y blancos.

Por otro lado, hay que hacer una aclaración previa. En nuestro tiempo es muy habitual confundir el mundo del circo con el de otro gran espectáculo (asimismo público, pues las diversas administraciones y los magistrados se preocuparon por su organización y financiación): las luchas de gladiadores, que en las fuentes se denominan *munera* —*munus* significa «deber» y alude a la obligación de celebrarse en los funerales, ya que así surgió esta tradición—, mientras que para referirse a las carreras se utilizaba el término de *ludi* —*ludus* en singular, que significa «juego»—. No en vano, hoy no es infrecuente ver cómo en la literatura, en la prensa y en el resto de medios de comunicación se confunde el circo con el anfiteatro, siendo el primero el propio espectáculo de las carreras de carros y también el espacio destinado a ello —en las zonas grecófonas se le denominaba hipódromo—, y el segundo el lugar donde se celebraban las luchas de gladiadores. Este error se debe sobre todo al uso indiscriminado del clásico aforismo *panem et circenses* («pan y circo») del satirista Juvenal, sobre el que se hablará ampliamente. No se puede soslayar la importancia brutal que los juegos circenses tuvieron en el mundo romano, aunque en el presente resulte en líneas generales más atractiva y conocida la figura del gladiador, tal y como se observa en la cultura popular. Valgan los míticos ejemplos cinematográficos del Máximo Décimo Meridio de *Gladiator* (2000), de Ridley Scott, o del Espartaco interpretado por el gran Kirk Douglas en la película homónima dirigida por Stanley Kubrick (1960), frente al escaso protagonismo del circo romano en el cine, salvo las cuatro adaptaciones de *Ben-Hur* (a partir de la novela de 1880 de Lew Wallace) en 1907, 1925, 1959 y 2016, en especial la magnífica película protagonizada por Charlton Heston y dirigida por William Wyler (1959), que sin duda también supone un hito de la cultura fílmica pese a las diversas inexactitudes históricas que arroja. La secuencia de la carrera de carros permanecerá para siempre en la retina de todos, puesto que refleja de forma intensa y adrenalínica la emoción que los antiguos sentían en espacios míticos como el Circo Máximo de Roma o el Hipódromo de Constantinopla. Asimismo, es recomendable la larga escena circense de la película muda de 1925, que, igual de emocionante, se muestra un poco más fiel a la realidad histórica.

Así pues, nuestro fin es introducir al lector en la fascinante historia de un espectáculo que condicionó, para bien y para mal, muchos episodios de la historia antigua, algunos incluso de enorme relevancia, y que define toda una sociedad y una época, pese a los cambios que se advierten en los largos siglos abarcados en el libro. Este acercamiento se realiza, fundamentalmente, a partir de una revisión concienzuda de las fuentes primarias, sobre todo las literarias, es decir, las históricas, jurídicas, religiosas, de ficción, laudatorias, etc., pero sin obviar en la medida de lo posible las epigráficas, papiro-

lógicas, arqueológicas o iconográficas, amén de la bibliografía secundaria especializada contemporánea. Se da voz a los testimonios escritos que resultan básicos para comprender el mundo romano, pero que no suelen valorarse de primera mano, sino a través del tamiz de intermediarios, como lo son los historiadores o los divulgadores históricos. Se pretende que el lector, aunque obviamente la labor del que suscribe este texto sea actuar como mediador respecto a este pasado, disfrute de un contacto directo con testimonios luminosos y vitales, perfectamente referenciados, para que, si lo desea, pueda verificar y ampliar los horizontes de su curiosidad histórica merced a las buenas oportunidades que la tradición editorial española ofrece. En efecto, en España tenemos la suerte de contar con una gran tradición traductora de los clásicos antiguos, como lo demuestra, por ejemplo, la serie «Clásicos de Grecia y Roma» de Alianza Editorial. Con las referencias que aparecen en la última sección del libro, animamos al lector a que la siempre positiva inmersión en los restos arqueológicos del pasado se vea complementada con la esencia vital de quienes navegaron las procelosas aguas del tiempo romano. Sin embargo, resulta necesario partir de una premisa clara: los textos también tienen sus limitaciones y no son inocentes; han de interpretarse y conocerse las motivaciones e intereses que llevaron a su plasmación y que, en muy buena medida, alteran tanto el discurso como los hechos presentados, sin por ello negar su veracidad, sea o no plausible. De hecho, en el ámbito de los espectáculos hay que tener mucho cuidado de las críticas acendradas, a veces bastante hipócritas, en especial por parte de ciertos intelectuales, cuyo tono fue seguido por la inmensa mayoría de las fuentes cristianas, que atacaron el espectáculo pese al enorme predicamento social que tenía en su tiempo. La asociación de determinado personaje con los espectáculos, fuera real o no, se manipulase o no, podía implicar críticas descarnadas en el ámbito de la historia política imperial que delimitasen su buena o mala fama. No obstante, ni siquiera desde este plano se puede establecer un criterio uniforme, puesto que tal asociación podía adquirir unos tintes positivos o negativos según los intereses del autor de turno, aunque la totalidad de los emperadores conocía el valor intrínseco del circo y casi todos, con alguna honrosa excepción, lo utilizaron para sus fines. Sin embargo, aun a riesgo de que algunos datos resulten sospechosos o complicados de asimilar, se ofrecen al lector sin rehuir los intereses subyacentes de las fuentes.

Se ha partido de una perspectiva cercana a la del puzle histórico, pues por desgracia escasean las fuentes focalizadas exclusivamente en el ámbito de los espectáculos. No hemos tenido acceso a ninguna, salvo a algunas concretas que, indefectiblemente, tenían como fin desprestigiarlos por razones morales o religiosas, si bien sabemos que existía una amplia obra escrita que

no ha llegado hasta nosotros. Por ejemplo, gracias a la biografía que se le dedicó en la *Historia Augusta* al emperador Claudio II, tenemos noticia de que un historiador llamado Galo Antípater, del que no disponemos de ningún documento, escribió un libro sobre el mundo de los gladiadores que le valió el reproche de «deshonra de los historiadores» (*SHA Claud.* 5.5). Éste es un caso concreto relativo a un espectáculo determinado, pero tenemos constancia de que hubo más materiales escritos relativos al circo, aparte de muchos más testimonios hoy perdidos. No obstante, pese a estas carencias, se puede intentar reconstruir la historia del circo romano con las fuentes disponibles, haciendo uso a modo de puzle de todos los testimonios existentes, algunas de cuyas mejores fuentes, no de forma casual, son precisamente aquellos textos que se muestran más críticos.

Con respecto a la organización del libro, se divide en dos grandes partes. La primera, titulada «Un paseo por la historia del mayor espectáculo del mundo», tiene como objetivo llevar a cabo un recorrido histórico diacrónico del circo desde sus más remotos antecedentes hasta el año 602 (cierra el volumen la muerte del emperador bizantino Mauricio), prestando una atención preferente al mundo imperial. En consecuencia, el criterio expositivo es cronológico y, además, se vehicula en torno a los sucesivos reinados. Sin embargo, no se pretende tan sólo narrar los hechos circenses, sino relacionarlos con los acontecimientos contemporáneos, por lo que no se descuida una introducción o un contexto de la historia romana desde un plano tanto político como militar, social o religioso. La única excepción es un pequeño apartado cuyo fin es presentar esquemáticamente la difusión provincial de este espectáculo, que surgió en la misma Ciudad Eterna para luego expandirse por todo el Imperio. También ha de constatarse que, una vez que el Imperio de Occidente finaliza su existencia con la caída de Rómulo Augústulo, la trayectoria narrativa se bifurca en dos vías: por un lado, la pervivencia del circo en los reinos bárbaros sucesores y, por otro, su recorrido en el mundo bizantino temprano.

La segunda parte de la monografía, «El mundo del circo romano», tiene como objeto mostrar algunas de sus claves mediante el análisis somero de los fundamentos del espectáculo. Partiendo de la enorme pasión que despertaba, sigue con la presentación de los actores esenciales en su desarrollo y se cierra con la descripción de un día tipo en los juegos circenses tal y como debían de desarrollarse en las urbes más importantes, sobre todo en Roma. Después hay dos anexos: el primero es un listado de los emperadores romanos; el segundo, el texto de la inscripción honorífica que se le dedicó en vida a Diocles, probablemente el mayor auriga de la historia de la Antigüedad, que constituye un revelador testimonio sobre el mundo de las ca-

rreras. Finalmente se incluye la bibliografía de fuentes primarias y secundarias empleadas.

Quisiera acabar esta introducción con unos agradecimientos. En primer lugar, desearía acordarme de aquellas personas con las que he debatido de forma habitual y constante, hasta el aburrimiento, sobre el circo romano, como lo son Javier Acherkouk y Emilio Gamo Pazos, que han mostrado una paciencia digna de encomio durante muchos meses. Debo citar también a Saúl Martín González y a Sergio Remedios Sánchez, con quienes comparto trifulcas y discusiones amistosas sobre el circo de nuestro tiempo, mientras que resultaría un error imperdonable no acordarme de David Hernández de la Fuente por el anzuelo que me tendió para que este libro fuera una realidad. También quisiera agradecer la estupenda amabilidad de los bibliotecarios de la Biblioteca de Filología Clásica de la Universidad Complutense de Madrid: María Jesús, Chema y Alicia, quienes, desde la quietud de ese fantástico rincón del saber antiguo, han sido testigos de cómo elaboré buena parte de este libro mientras saqueaba incansablemente las fuentes y libros de sus estantes. Asimismo, agradezco la gentileza a Javier Setó y al resto del personal de Alianza Editorial por su estupenda dedicación. Y, por supuesto, quisiera rendir homenaje a mis padres, Ángel y Aurora, y a mi hermano Ángel, que maneja un carro muy especial de cuatro ruedas que, sin caballo alguno de por medio, se adscribe a una facción muy particular y exclusiva. *And last but not least*, reitero mi agradecimiento más personal y decidido a Amanda. Va por ti.

PARTE I

UN PASEO POR LA HISTORIA DEL MAYOR ESPECTÁCULO DEL MUNDO

Con esta primera parte se pretende ofrecer desde una perspectiva diacrónica una panorámica de la historia del más importante de los espectáculos romanos, desde sus orígenes hasta el año 602*. Aunque el arco temporal podría haberse extendido hasta bien avanzado el Medievo, ello habría desvirtuado el tono del libro, puesto que los últimos siglos del circo romano representan una andadura que diverge profundamente, en consonancia con tantísimos aspectos, de la vida de la sociedad grecorromana del mundo clásico e, incluso, de ese momento de tan vital transformación y cambio como lo fue la Antigüedad Tardía. Por estas razones, se ha optado como límite cronológico por el asesinato del emperador bizantino Mauricio en el 602 a manos del usurpador Focas, a semejanza de lo planteado por el gran historiador A. H. M. Jones en su legendaria obra *The Later Roman Empire, 284-602* (1964). Asimismo, a la hora de explicar el origen del mayor espectáculo del mundo antiguo, no basta con remontarse al comienzo del entretenimiento en el seno de la sociedad romana, sino que debemos retroceder aún más, a la génesis del carro como elemento fundamental, sobre todo en la guerra de los estados de la Edad de Bronce. No en vano, el carro del circo romano no dejaba de ser una adaptación del empleado en los campos de batalla de esta era lejana. Sin embargo, conforme a los imponderables históricos, no hubo un préstamo directo entre Roma y el Próximo Oriente, sino que se tomó de sus tradicionales intermediarios, los griegos, que hicieron uso de esta herramienta en el ámbito de sus originales competiciones deportivas. Este proceso histórico también lo abordaremos, aunque el foco se situará en el mundo

* Todas las fechas del libro son posteriores al nacimiento de Cristo, salvo que se indique lo contrario.

romano, en especial a partir de la época imperial. Con respecto a las coordenadas espaciales, nuestro afán es atender al territorio que se encontró bajo la égida del Imperio romano, ya que los juegos circenses no se extendieron más allá de sus fronteras, aunque sí intensivamente por todas las provincias. En relación con los límites cronológicos apuntados, no sólo se tratarán, por mucho que centren nuestra atención, los territorios bajo el dominio imperial romano y después bizantino, sino también aquellas regiones occidentales donde el circo pervivió aun cuando la estructura política de esas sociedades ya estuviera en manos de los bárbaros recién llegados. Tal y como se ha indicado en la introducción, el acercamiento al pasado se basa principalmente en el manejo y la exposición de fuentes antiguas, sin rehuir el uso de fuentes secundarias siempre que sea necesario.

La génesis de las cuadrigas. El mundo de los carros de combate

Al igual que con los gladiadores, las naumaquias y las *venationes*, en el caso del circo resulta obvia su vinculación con el mundo militar, tanto más cuanto que el principal actor del espectáculo, el caballo, fue un elemento consustancial de la guerra desde su domesticación. Pero no sólo el animal en sí, sino también el carro constituyó desde un primer momento un elemento fundamental del conflicto bélico de la Edad de Bronce.

Hay muy diversas teorías sobre el inicio de la domesticación del caballo, pero, aunque los recientes análisis genéticos de las poblaciones actuales realizados por diversos investigadores apuntan a un origen multipolar, la corriente dominante señala las estepas euroasiáticas como el lugar donde empezó su domesticación, en el cuarto milenio a.C. (por parte de poblaciones nómadas o seminómadas posteriormente conocidas como «escitas»), a partir del cual se produjo la ulterior difusión de su uso en el mundo antiguo. En primer lugar, por las culturas del Próximo Oriente y Egipto y, a continuación, por los pueblos europeos. Pese a constatarse desde el Paleolítico el consumo de carne de caballo y el aprovechamiento de otras partes de su cuerpo, como la piel y los tendones, no fue hasta el inicio de la era de los metales cuando se comenzó a usar más creativamente. Su domesticación representa un punto y aparte crucial en la historia del hombre, sobre todo su empleo como animal de transporte. Aunque el caballo no esté particularmente dotado para la carga y otras tareas pesadas, como sí lo están los burros, las mulas y los bueyes, su velocidad y maniobrabilidad proverbiales le convirtieron en un activo fundamental para las comunicaciones y, en especial, para los conflictos armados. Curiosamente, su uso individual tardó en producirse, pues habría que esperar

al primer milenio a.C. para la plena intervención de la caballería en la guerra. Por el contrario, desde un inicio el caballo fue empleado sobre todo como instrumento de tracción de carros, ya fueran de transporte o de combate, al igual que los otros animales referenciados.

A mediados del segundo milenio, el carro adquirió su configuración definitiva como instrumento bélico después de mil años de progresivos avances técnicos. Aunque ya se observan evidencias del uso de carros con fines militares en las culturas sumeria y acadia del tercer milenio, parece que para su manejo se confiaba en otros animales, como asnos, mulas y onagros, mientras que su diseño tosco y pesado, caracterizado por sus ruedas macizas, también limitaba su empleo pese al valor intrínseco que tal novedad suponía para la guerra de comienzos de la Edad de Bronce, en el tercer milenio. Para que se convirtiera en el arma más importante de su tiempo, hubo que esperar a que se estilizará y redujera su peso, amén de otras innovaciones técnicas como la más versátil rueda con radios, y por último, pero en absoluto menos relevante, a que se enjaezaran los caballos. De esta manera, han aparecido carros asociados a jamelgos ya en la importantísima cultura escítica de Sintashta, hacia el año 2000 a.C. (D. W. Anthony, 2007), que anteceden en un par de centenares de años a las evidencias similares procedentes de las más avanzadas culturas del Próximo Oriente. En Sintashta, un territorio localizado en la estepa rusa, inmediatamente al este de los Urales, se han encontrado restos tanto de carros como de caballos en unas tumbas principescas también caracterizadas por inusitados vestigios de armamento que, en conjunción con hábitats reciamente fortificados y con el auge de la industria del metal, reflejan la notable militarización de una sociedad al parecer recientemente sedentarizada.

Desde esta zona de espacios abiertos, el uso del carro se expandió en todas direcciones, con un impacto crucial en el arte de la guerra durante los tiempos convulsos de la Edad de Bronce, fundamentalmente, en lo que concierne a nuestro interés, en las culturas del Próximo Oriente y de Europa. De hecho, durante cerca de dos mil años, desde comienzos del tercer milenio hasta mediados del primer milenio a.C., se erigió en la herramienta suprema de los ejércitos de los Estados de ese período, tal y como se observa tanto en la iconografía como en los propios textos. Una herramienta poderosa en el combate a la par que majestuosa, pues constituía también un símbolo de prestigio.

Lo atestigua la primera e inmortal obra maestra de la literatura universal que nos ha legado el tiempo. El poema de Gilgamesh, gloria de las letras acadias, da buena cuenta de la consideración que merecía el carro a través de las siguientes palabras de la diosa Ishtar: